

La recepción de Enrique Ferri en la Universidad

El día 4 de Agosto, invitado por el Presidente doctor Joaquín V. González, el ilustre huésped acompañado de su señora, decanos y profesores, visitó las dependencias de la institución admirando francamente su vastidad, su organización y el espíritu moderno con que ha sido concebida. Mostró interés por las riquezas del Museo, por la Facultad de Veterinaria, por los nuevos edificios del Colegio y en el Observatorio estuvo buen tiempo mirando los astros á través del telescopio. No ha ocultado de ninguna manera la fuerte impresión que produjo en su espíritu esta escuela superior de las ideas situada entre árboles, en plena naturaleza y con inmensos panoramas por horizonte. La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en razón de sus méritos científicos, acordó el título de *Doctor*, y fué un acto imponente al par que sencillo la ceremonia oficial de la entrega en los salones de la Facultad de Veterinaria desbordantes de público y en presencia de catedráticos y alumnos. Ferri fué ovacionado repetidas veces; deja en la Universidad un hondo sentimiento de simpatía acrecentado por su espíritu expansivo y sincero. Parece que algo de su alma ya no de infatigable batallador más sí de investigador, hubiera en el alma de la institución que lo ha doctorado.

De regreso del museo, la universidad obsequió con un almuerzo íntimo al profesor Ferri y señora, en el salón blanco del Sportsman. Alrededor de la mesa tomaron asiento, además de los obsequiados, los señores González, Alvarez, Rivarola, Quiroga y señora, del Valle Ibarlucea y señora, Rodríguez Etchart, Cavazzutti, E. Quesada, Mercante y señora, Lafone y Quevedo, Herrero Ducloux, Griffin, Porro de Somenzi, González Litardo, señorita Alicia Moreau, E. C. González, C. Vega Belgrano, Sal, Quesada, enviados especiales de *La Nación*, y *La Patria degli Italiani*, etc.

A las 2.30 de la tarde, se dió principio á la ceremonia de la recepción oficial en la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

El Presidente de la Universidad doctor González, dijo:

Un suceso lleno de los más halagadores auspicios para la cultura nacional, es la presencia entre nosotros del doctor Enrique Ferri, sabio maestro de toda una época en la historia de la ciencia

social; reformador profundo de una de las ramas del derecho en que más hondas raíces echaran el *prejuicio*, la *rutina* y el *precepto* formalista; conductor luminoso del pensamiento contemporáneo, por sendas nuevas y directas, hacia la solución de los más vitales problemas de la sociedad humana; investigador experto de la ley que rige el hecho y el fenómeno, y armoniza la ciencia positiva con la vida y evolución de las ideas hasta el descubrimiento y reinado de la verdad; y es honra preciadísima de la nueva universidad platense el recibirlo hoy en su seno, incorporarlo al elegido núcleo de sus miembros honorarios europeos, por cuyo intermedio ella se vincula con la ciencia, madre de nuestra civilización, y en su caso con los institutos similares de la gloriosa Italia, amada de los argentinos, la cual, después de guiar á los pueblos por siglos, sale de su breve crepúsculo, recobra otra vez su interrumpida marcha triunfal hacia la reconquista del secular señorío de las naciones, que ahora asentará sobre los cimientos indestructible de la ciencia nueva.

Esta universidad argentina, que ha venido á tomar su tarea en la investigación de todas las verdades, por los métodos positivos, y á estudiar en estrecha correlación las ciencias de la naturaleza y las leyes de la vida social y política, se reconoce deudora del caudal de experiencia extraña que incorpora al propio, y paga al menos un tributo de reconocimiento y debido homenaje á una de las inteligencias que más han acrecentado el patrimonio científico de la humanidad, á mejorar las condiciones del medio en que la justicia ha de germinar más fácilmente, y á hacer más perceptible la fragilidad y la fugacidad de las construcciones verbales de una gran parte de las instituciones morales, civiles y políticas existentes.

Señor doctor Ferri: la universidad nacional de La Plata no tiene título más alto que ofrecer á los grandes maestros de las ciencias que cultiva, sino el más alto que ella otorga á sus propios alumnos y maestros, y al acoger complacida la iniciativa de la facultad de ciencias jurídicas y sociales, — en vasta proporción inspirada en el espíritu de vuestra obra, — para concederos el grado de doctor «honoris causa», ha creído interpretar el sentimiento unánime de la opinión académica de nuestro país, que os reconoce entre los civilizadores de más valía en los tiempos actuales, y ha entendido tender un hilo conductor de la más sólida y viva corriente de simpatía y cooperación con la obra gigantesca que realizan las universidades italianas, en la creación, ensanche y difusión de las ciencias y artes de la nueva cultura.

En este acto, en que os serán comunicadas las resoluciones de la academia y consejo superior, os doy en nombre de profesores y alumnos la más cordial bienvenida en nuestras modestas aulas, que comenzaron no hace aún tres años su labor de investigación y de enseñanza, y que esperamos habrán de concurrir algún día con luz propia al progreso de la ciencia universal. En ellas queda inscripto vuestro nombre ilustre, y se transmitirá en los anales futuros de nuestro instituto como uno de sus maestros más respetados, como uno de los modelos superiores de la aspiración juvenil, y uno de los más preclaros hijos de vuestra noble patria Italia».

El vicepresidente, doctor Agustín Alvarez habló en seguida dando la nota especial que caracteriza su singular mentalidad embargada, por una convicción avasalladora y dedicada á enaltecerla en todas las ocasiones.

«El más grande de nuestros pensadores dijo que el mal que aquejaba á la República Argentina era la extensión, en las mismas circunstancias en que la ferocidad de las guerras carlistas en la madre patria, hacía «pendant» á la inclemencia de nuestra contienda entre unitarios y federales. Porque el peor de los males argentinos no era, sin duda, la amplitud del territorio, sino la estrechez de espíritu de los escasos pobladores, que no solo les impedía comprender á los extraños para estimarlos y atraerlos, si no que les hacía también incomprender, desconocer, desestimar y extrañar á los simplemente diferentes, dentro de la reducida familia.

Y el infierno de sentimientos mezquinos en que todos se tostaron recíprocamente, bajo la bandera del color del cielo, ha venido enfriándose, más que en el acortamiento de las distancias geográficas por el telégrafo y los ferrocarriles, en la supresión de las distancias mentales por el liberalismo surgido de la instrucción pública, y la coeducación moral resultante de la convivencia con los extraños, que, siendo una escuela práctica de benevolencia para los de afuera entren á incorporarse á la propia familia, ha sido del más grande beneficio positivo para el trato de los de adentro.

Así, la parte de vida italiana que ha engrosado la vida argentina, ha contribuído en primer término á nuestros progresos materiales y á nuestros adelantos morales, por la elaboración de esa creciente simpatía recíproca, que es la mejor garantía de nuestros progresos futuros, toda vez que nos estamos acercando al punto en que la prosperidad de los pueblos nuevos dependerá de su elevación moral, porque á cada uno atraerá el indispensable concurso de los extraños en la medida en que sepa despertar sus simpatías.

En ese sentido, es satisfactorio constatar, en presencia de un ilustre sociólogo extranjero, el inmenso adelanto de la moral humana en nuestro social, representado por la distancia que media entre la inmigración prohibida ó repudiada por motivos religiosos, y la inmigración deseada y solicitada por motivos económicos, políticos y sociales, por manera que, procediendo de la nación europea que ha extrañado más gente de su suelo y más pensamiento de su espíritu, como la que proporcionalmente ha recibido de ambas especies, más extraños en el suyo.

Y esta feliz evolución se ha producido toda entera en el último medio siglo, después de habernos diezmado fratricidamente en el precedente, de resultas de esa orientación mental de la colonia que en estos momentos pretende restablecer en Córdoba lo que acaba de ser abolido en Roma, y cuyos representantes anacrónicos, levantan, todavía, su tradicional inquina contra la instrucción pública y la inmigración de ideas, de brazos, de máquinas y de capitales extranjeros, en servicio de un viejo ideal extranjero y á instigación de un poder más extranjero aún, puesto que lo es hasta en el propio país en que reside, de aquel á quien Machiavello acusaba ya en

el siglo XV de « Mantener la desunión y la perversidad de los italianos ».

Pero nosotros podemos decir que el espíritu genuinamente argentino, en cuanto es distinto del odio medioeval al extraño intelectual y moral, que nos legaron nuestros mayores; que les habían enseñado á nuestros abuelos y que nuestros padres amortizaron á precio de sangre, ruina y miseria; en cuanto es diferente del viejo espíritu colonial continental no americano, sino romanista, que en todas partes es antiextranjero porque no es humano sino teológico, y que en todas partes se llama « Nacionalista », precisamente porque no tiene nacionalidad, y con la misma impropiedad que la que habría, verbigracia en llamar nacionales á las orejas que usamos en el mismo sitio, de misma forma y para los mismos fines que el resto de las gentes; el espíritu nuevo que tiende á emancipar el país del resto de las múltiples cadenas coloniales, es el *cosmopolitismo*, para la asimilación de los hombres y la aclimatación de las ideas, las invenciones y los descubrimientos extraños en nuestro suelo, por la hospitalidad para los sentimientos de los extraños, á fin de que puedan sentirse á gusto entre nosotros « todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino ».

Es decir que es la instrumentación de la más bella cláusula de la constitución, redactada en anticipación de la solidaridad humana y en razón de las nuevas circunstancias del mundo, por las cuales la captación de cooperadores humanos, no puede ya lograrse por la fuerza, como en los tiempos antiguos, ni por el temor religioso, como en los tiempos medioevales, sino únicamente por el amor y la simpatía.

Porque la patria no es solamente el territorio geográfico, sino principalmente el ambiente de costumbres, de afectos y de simpatías, de ideas y sentimientos, que es necesario ensanchar siempre para que todos se sientan cada vez más holgados: para que los nativos no se vean en necesidad de emigrar por resultarles como en el pasado y aún con ser tan grande, más ingrata la tierra propia que la tierra extraña; para que los trasplantados encuentren las condiciones necesarias á su arraigo y crecimiento espontáneo, pues el egoísmo que hace detestables á los individuos y á los pueblos, aunque sean fuertes, ricos ó grandes, aunque sean débiles, pobres ó pequeños, ó no es más que la forma en que el negocio de la vida se presenta á la miopía del alma, que es la deformidad, ó la enfermedad mental de los unilaterales y de los pobres de espíritu.

Y como nuestro presente y nuestro porvenir dependen de la inmigración y de la civilización europeas, que solo pueden ser eficazmente inducidas ó subvencionadas con el corazón y no con el bolsillo, el patriotismo al estilo antiguo, que consiste en malquerer á los extraños y detestar á los vecinos, es una verdadera traición á la patria, so color de culto á sus antipatías tradicionales, en tanto que, ensanchar las simpatías para los extraños y los vecinos, exaltando el entendimiento y los sentimientos altruistas, es amueblar, embellecer y agrandar la patria para los de adentro y los de afuera es edificar con nuevos sentimientos una nueva casa espiritual, sobre

más altos horizontes, á fin de evitar los peligros del vivir para atrás, que convirtió á Lothe en estatua de sal, y que mantiene aún en las poblaciones de Centro América, Colombia, Venezuela y Haití, en salmuera de antipatías y rencores implacables, ocasionados por las mismas diferencias de intereses que en otras partes separan á los hombres en grupos opuestos sin convertirlos en fieras humanas.

Las naciones hispano americanas nacieron á la vida independiente desmesuradamente ricas de territorio y desmesuradamente pobres de espíritu, en una época en que el mundo latino estaba frescamente reintoxicado de cesarismo por la epopeya napoleónica, en que la guerra era, todavía, el instrumento clásico de engrandecimiento nacional, y que por esta circunstancia vino á ser también el recurso supremo de la política interna, y á falta de la cultura intelectual y moral, ausente aún en el porvenir distante, las relaciones nacionales y las internacionales, los ideales de engrandecimiento, de equilibrio, de hegemonía, de supremacías, todo transcurrió bajo el régimen universal coetáneo de la fuerza y violencia que son el infierno recíproco.

Pero en pos de la idea de libertad, que entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX emancipó á las dos Américas y sustituyó el absolutismo en el viejo mundo por el régimen constitucional, sobrevino la idea de la posibilidad del progreso intrínseco, indefinido del individuo y del grupo humanos, consolidada á mediados del siglo pasado por la teoría de la evolución que ha develado para las energías humanas un nuevo mundo aún más grande que el de Colón, y que en la misma vieja Europa ha entibiado las rivalidades seculares y los odios tradicionales, trasladando las preocupaciones sociales de los asuntos internacionales á los nacionales, de los intereses extraños á los domésticos; y esta nueva idea destinada á substituir en el futuro los cañones por escuelas y los acorazados por universidades, empieza recién á penetrar en este continente, en el que los hombres educados para el odio y la venganza, por el ejemplo de las venganzas divinas y de los rencores eclesiásticos, se han mostrado tantas veces discípulos sobresalientes.

La idea del progreso humano, que englobando las nociones de libertad, de justicia, de solidaridad, ha hecho la grandeza de la América del Norte con la instrucción laica, obligatoria y gratuita; que ha despertado el viejo Japón á la vida moderna, y que en estos momentos empieza á sacudir de su letargo secular á la Rusia, la Persia, la Turquía y la China, la idea del progreso ó de la expansión cualitativa del individuo y del Estado, que está desalojando en el espíritu moderno á la conquista ó expansión cuantitativa, anteponiendo los problemas sociales—que ocasionan malestar y trastornos pasajeros—á las variedades dogmáticas que en la sola guerra de 30 años produjeron más de siete millones de víctimas de la lucha y la miseria consecutiva, hasta el punto de que en algunas regiones de Alemania los paisanos fueran encontrados muertos de hambre, con pasto en la boca; la idea del progreso que viene anteponiendo el bienestar de los pueblos y la grandeza de las naciones, la gloria de los monarcas y la supremacía de los creados, comporta un desplazamiento correspondiente de los valores

humanos, cada vez más perceptible en el curso de los acontecimientos, desde la convención de Ginebra y los congresos de La Haya, hasta el detalle bien significativo, de que Abraham Lincoln esté desalojando á Jorge Wáshington del primer puesto en el corazón de sus conciudadanos.

Porque la admiración de los pueblos se transfiere de los destructores á los inventores, de los guerreros á los pensadores, de los conservadores de los viejos moldes de la vida á los creadores de nuevas formas de pensamiento y de acción, y esto es lo que explica, en último análisis, la calurosa acogida que ha tenido entre los argentinos amantes del progreso, el eximio obrero del progreso científico y fogoso luchador italiano del progreso social, que nos honra hoy con su presencia.

Pues aún los que no simpatizan todavía con las ideas políticas de Enrique Ferri, no podrán menos de inclinarse reconocidos ante sus valiosos aportes á la ciencia penal, de un carácter moral tan elevado, por cuanto se refieren á la curación social de esa forma de la desventura humana, que es común á todas las religiones, á todas las razas, á todos los pueblos.

Y es al ilustre sociólogo, profesor libre de la Universidad de Roma y miembro del parlamento italiano que está dedicado este homenaje de admiración y simpatía de la Universidad de La Plata, que ha querido honrarse á sí misma, honrando á la ciencia y á la Italia en la persona de Enrique Ferri.

El decano de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales doctor Rodolfo Rivarola, con un discretísimo tacto, después de aquellos dos discursos, deseó al huésped la bienvenida al claustro de doctores: sus palabras, breves y oportunas, llenaron cumplidamente su objeto. El secretario Del Valle Ibarlucea, en representación del cuerpo docente saludó al nuevo doctor con una arenga fogosa, entusiasta, cuasi tribunicia, pero que caracteriza la tendencia de su temperamento, de vida y de savia desbordante.

El estudiante de la Facultad de derecho señor Ferrarotti, entregó al profesor Ferri el símbolo de la Universidad de La Plata, una hoja de roble, sencilla, dice, como una síntesis mental, pero sencilla también como un corazón.

En medio de grandes aclamaciones comenzó su discurso el profesor Ferri. Dijo que varias veces le habían conmovido públicas manifestaciones de simpatía: en Bolonia cuando el viejo maestro lo indicaba como su sucesor en la cátedra de derecho penal, en Bruselas cuando se le invitó para un curso de conferencias que dictó desde la célebre cátedra de Eliseo Reclus fundada por un grupo de rebeldes á las imposiciones dogmáticas; en Roma, en Génova, en Turín, y últimamente en París, donde en la escuela creada al lado de la antigua Sorbona dió varias lecciones de ciencias sociales. La impresión, por lo tanto, no le era nueva, pero nueva era para él la sinceridad de la sencilla ceremonia.

Dijo que había llegado conociendo muy poco de nuestro país, lo cual demuestra que se puede ser un profesor célebre é ignorar muchas cosas. Salido de Italia con el alma desbordando el amor de

su patria hermosa, gloriosa y sin embargo tan afligida por dolores, miserias é injusticias, experimentó aquí el intenso deseo de estudiar, no el antiguo libro polvoriento de las bibliotecas medioevales, sino el libro de la vida vivida por un pueblo nuevo, que toma de la civilización europea el jugo de la experiencia secular para fijar sus frutos como punto de partida hacia la rápida conquista de un espléndido porvenir.

Había leído, agregó, en opúsculos y resúmenes estadísticos, datos referentes á la extensión de nuestro territorio y á su producción agrícola y ganadera, pero no creía encontrar aquí una universidad libre en sus ideas como en sus formas, libre hasta en su aspecto exterior, con sus edificios diseminados en el oxígeno de una naturaleza también libre, que invita á la fe en el porvenir del pensamiento humano.

Todas las energías y las fuerzas del país tienen su origen en el aula de la escuela; en ella nacen y se desarrollan las raíces de la vida humana, que más tarde darán el árbol que á su vez producirá flores y frutos, y cuya altiva copa desafiará al huracán. No ocultó sus entusiasmos por los nuevos métodos implantados en la Universidad, pues, dijo vale más una onza de observaciones que una tonelada de disertaciones.

La vida sin la luz del pensamiento borra la obra del hombre. No es en los cuarteles ó en los conventos donde se resuelven los destinos de los pueblos, sino en la universidad moderna, que es templo de la ciencias.

Agregó que recibía el título de doctor como un premio á su actividad, pues era un nuevo fruto del fecundo árbol de la vida, y agradecía el honor que le tributaban los maestros y discípulos de la universidad de La Plata, á la cual auguraba rápidos progresos en el camino indefectible de su grandeza intelectual.

Agradeció también la insignia ofrecida por los jóvenes compañeros en la lucha del espíritu moderno contra la ignorancia. Los estudiantes, dijo, representan el porvenir de este país y ellos han de llevar la semilla fecunda de la verdad científica por todo su territorio, tan vasto que abarca desde los Andes soberbios que confunden sus blancas cimas con el azul del cielo hasta las aguas del Océano que se pierden en la obscuridad de las noches polares. Los estudiantes hacen con la ciencia como los insectos de Darwin, que recojen el polen de los vegetales y en sus rápidas evoluciones por el espacio lo van sembrando, multiplicando así la reproducción de las especies.

Un aplauso entusiasta saludó el discurso del profesor Ferri.

Ferri es un mago de la oratoria; los recursos de la oratoria parecen no encerrar secreto alguno. Maneja la voz como un violinista mueve las cuerdas de su violín: saca de ella todos los sonidos, todas las modulaciones imaginables; esa voz sube y baja, sorprende, se torna serena y tranquila, se engrosa y se torna vibrante, alcanza las nubes, se eleva y por la tierra parece caminar reposada, siendo de admirar la manera sorprendente como Ferri se desenvuelve, sin dar muestras del menor cansancio, sin demostrar el menor esfuerzo como si naturalmente se expresara y como

si no se sintiera poseído por ese dios interno que los antiguos invocaban, como el guardián de la elocuencia y el inspirador de la palabra.

A medida que Ferri habla, su voz cobra fuerza, vigor y despliega su asombrosa riqueza de matices. Tiene los más variados tonos, desde el de la grandilocuencia, hasta el más simple y familiar: prepara todas las transiciones del pensamiento, ondula con la ondulación de todas las ideas; es tierna, jactanciosa, pasional, irónica; impreca airadamente, observa é insinúa con gracia; se opaca y apaga en la comprobación de una humana tristeza ó se eleva á energías pujantes de himno triunfal, cuando afirma con orgullo de creyente sincero y militante su fe en el nuevo ídolo, la ciencia redentora; y esa voz, ese poderosísimo instrumento, no se fatiga un instante, ni traiciona jamás el alcance del pensamiento emitido, durante hora y media, sin otros descansos que aquellos obligados por el público, en las largas aclamaciones que lo interrumpen.

Con ser tan maravilloso ese órgano no constituye la facultad dominante de Ferri orador. De Amicis, en uno de sus últimos artículos, consagrándole amplio estudio, le juzgaba así:

« Al hablar, como si se elevara por grados, su mente ve un espacio más amplio delante de sí, con mayores relaciones entre las cosas próximas y las lejanas; y sintetiza todo orden de pensamientos con seguridad y precisión mayor que cuando hace un trabajo meditado. La imagen poética, la palabra eficaz, la frase incisiva, el vasto período que encierra en un solo abrazo una cantidad grande de ideas, citas, recuerdos, comparaciones y los presenta en un haz único y bien conformado á la mente del auditorio, todas las cualidades que faltan ó son débiles en Ferri escritor, se hallan reunidas y aparecen ostensibles en Ferri orador. Y no puede haber oleada de elocuencia más fácil y rápida, á la vez que límpida, y que fluya por tanto tiempo con plenitud constante, sin detener un solo momento su curso, sin hacer sospechar nunca ni siquiera un principio de cansancio en la mente inagotable y en el pecho de hierro de donde mana. Es posible disentir de sus ideas; pero es un dominador; se puede resistir á la corriente de su elocuencia, pero es forzoso admirarla ».

El gran escritor italiano que acaba de morir, decía verdad, es necesario admirar á ese orador. En Buenos Aires no se le ha oído, sin embargo, en las condiciones en que le oyera él. Ferri ha hablado ante un público que esperaba discursos, y que subrayaba con sus aplausos todo lo que era discurso en aquellas conferencias. El orador de la cátedra debió subir ó descender á la tribuna varias veces, empujado por el sople de entusiasmo que animaba la sala. Y cuando aparecía el tribuno popular ó parlamentario, echábase de menos el banco azul y el ministerio hábil en el fogueo de las interrupciones, ó la multitud inflamada por el ígneo verbo, en la actitud de los movimientos reivindicadores. Son quizás sugerencias traídas por el recuerdo de las grandes luchas políticas de Ferri; pero la sinceridad de nuestro elogio perdería, si no formuláramos la observación. Aquel crítico había escuchado al magní-

fico orador en el debate, disciplinada su elocuencia genial en la estrictez del tema sometido á estudio, aguzado su bisturí analítico en el desarrollo prolijo de los argumentos en pro y contra, agigantada su estatura en el esfuerzo de la dialéctica. Ese ambiente, ó los otros, le faltaban aquí; enfrente suyo no había ni diputados, ni pueblo; estaba la cosa híbrida que se llama público, y la forma oratoria sufrió la contorsión del molde en que se vaciaba.

Todo esto, naturalmente, muy en lo relativo de la grandeza indiscutible del disertante, de la forma de la disertación, del tema que ésta abarcaba. Bien podemos decir que nunca habíamos asistido en Buenos Aires, á una revelación tan absoluta de las potencias verbales, á una tan perfecta conjunción de los elementos primordiales de la elocuencia. Es la selección espontánea de la palabra, el mágico prestigio de la voz, la irresistible simpatía que imponen el gesto y la actitud; es el concepto hondo y claro, medulando desde el principio al fin del organismo del discurso; el interés dramático, corriendo parejas con el placer estético; la visión de las grandes cosas abiertas para los ojos del espíritu por ese mismo sentido panorámico de la historia y de la vida que hizo ya de Castellar el más grande orador de su tiempo.

Ferri, diríamos, es el orador naturalista, tal como vió Zola á Clemenceau en los tremendos duelos de Gambetta con el primer ministro actual de Francia. Lejos, muy lejos está de toda rigidez académica, de la clásica compostura, de la trivial pomposidad retórica. La imagen ó metáfora sólo vienen para dar relieve á un hecho comprobado y enunciado. El hombre se mueve. No busca en la imperturbabilidad de la línea el efecto de contraste con el arrebatado período, como tampoco en los ahuecamientos vocales el efecto encubridor del vacío de su pensamiento. La total sencillez le eleva á la completa armonía. A la alta palabra, responden con igual elevación el tono, la actitud y la idea. Esta no se ausenta nunca; si él no dispusiera constantemente de una, en el eslabonamiento deductivo, callaría, sin duda.

Como político todo el mundo conoce al hombre de combate de los últimos diez años defendiendo los intereses del proletariado italiano en la tribuna y en el parlamento, á punto de ser la figura culminante de los partidos opositores.

Como hombre de ciencia ha sistematizado con singular clarividencia la escuela criminalista italiana, dándonos esa obra llena de savia y de doctrina que recorre el mundo, titulada *Sociología Criminal*. Sin ella, tal vez, por falta de teoría y ordenación esa pléyade de pensadores á cuya cabeza el instinto popular coloca á Lombroso, no hubiera adquirido difusión y autoridad tan grande como la que hoy goza.